les isabelinos apelaron para vencerle á toda clase de recursos, si no los más honrosos, seguros por lo ménos. Muchos de los cabecillas carlistas fueron comprados por el Gobierno, entre otros Caletrus, Pons, conocido por el Bep del Oli, Pozas y Rivas, que por unos cuantos puñados de oro y algunos grados, no desdeñaron vender su honra.

El conde de Montemolin, alarmado al saber estas defecciones, creyendo que su presencia bastaria para dar nuevo aliento á sus partidarios y alcanzar un éxito afortunado, se presentó á las puertas de Cataluña. Pero su mala suerte le hizo tropezar en la frontera con una partida de aduaneros franceses, que le hicieron prisionero. Perdida la esperanza que fundaba en la presencia de su príncipe y desanimado despues con la defeccion de Marsal, uno de sus mejores subalternos, á quien el oro del gobierno logró tambien corromper, Cabrera desengañado abandonó á España en Abril de 1849, lo que bastó para que la guerra terminára.

En sentido contrario, se habian presentado al mismo tiempo en Cataluña partidas de centralistas republicanos, precedidos de un manifiesto del infante D. Enrique. Acaudillaban estas partidas el coronel Ballera, Atmeller, Baldrich, Barrera y Altimira, que sólo consiguieron mantener en alarma aquellas provincias por espacio de cinco meses, al cabo de los cuales se fueron disolviendo: tambien tuvieron eco estas tentativas republicanas en Valencia y Aragon, pero no mejor fortuna.

El partido moderado estaba destinado por entonces á ser el árbitro de la nacion, para preparar con sus inmoralidades y desaciertos una revolucion más grande, más radical y más justificada.

Sofocadas las tentativas de Marzo y de Mayo, y considerada con un justo desden la guerra que los montemolinistas sostenian en Cataluña, el Gobierno volvió á abrir las Córtes cuando creyó asegurado el órden, y les devolvió la dictadura que antes le confiaran. Muy interesantes fueron los debates que entonces se suscitaron. El Sr. Cortina, en nombre de la minoría progresista, puso de manifiesto todas las ilegalidades, las violencias y la crueldad con que el Ministerio habia usado de la dictadura, pero la mayoría del Congreso estaba dedicada al servicio del Gobierno y le dió un voto de aprobacion por los eminentes servicios que prestára al órden, al trono y á la Constitucion sofocando los movimientos revolucionarios.

Pasado el peligro, quiso el Gobierno de Narvaez dar á sus contrarios algunas pruebas de generosidad, y devolvió á las empresas de los periódicos las multas impuestas por los tribunales en los meses anteriores, suspendió algunas de las disposiciones represivas con que agarrotaba á la prensa y publicó un decreto de amnistia. De esta manera continuó dirijiendo los negocios del Estado, con general beneplácito de sus partidarios y desaliento de los hombres liberales, que no veian probabilidades de sacudir en mucho tiempo el yugo de aquella tiranía.

En las esferas palaciegas parece que todavia no satisfacian completamente las reaccionarias disposiciones de aquella administracion, porque en Octubre de 1849 hizo la camarilla una tentativa para sustituir el Gobierno de Narzaez con un Ministerio francamente absolutista bajo la presidencia del conde de Cleonard. Este Ministerio, al que se dió el título de *Relámpago*, y cuyo nombramiento tenia

(c) 2009 Real Academia de Jurisprudencia y Legislación